

*La ciencia histórica y su enseñanza: implicaciones en la sociedad y la cultura**

Carmen Aranguren R.**

Resumen

El interés actual por la historia y su enseñanza ha cobrado fuerza, entre otras razones, por haberse convertido en escenario de controversias y apropiaciones ideológicas. El conocimiento histórico, crítico y plural, permite aclarar dónde estamos, qué ocurrió y hacia dónde hemos de avanzar. En este sentido, la formación histórica como práctica ética y social, evidencia una trama entre saberes, valores y política. De este modo, la enseñanza de la historia regula indirectamente el comportamiento ciudadano en la esfera del orden sociopolítico. La ciencia histórica descriptiva y su enseñanza reproductiva han dado paso a nuevos paradigmas que encauzan el conocimiento y sus enlaces axiológicos por rutas innovadoras en respuesta a la demanda de intensos cambios culturales en sus múltiples manifestaciones. El campo de la historia enseñada posee espacios de sociabilidad plurales y contradictorios; en consecuencia, su análisis exige penetrar distintos itinerarios teóricos, disciplinares, sociales pedagógicos y cívicos, transitados por los sujetos actores en un ámbito de negociación de significados. La teoría y la práctica de la enseñanza histórica poseen el fin político de formar ciudadanos en la diversidad y preservar la memoria colectiva, sobre todo en nuestras sociedades donde el olvido ha sido una razón de pérdida identitaria.

Palabras clave: historia, enseñanza, nuevos paradigmas, sociedad y cultura ciudadana.

Abstract

The current interest in history and the way it is taught has been strengthened amongst other reasons by becoming scenery for controversy and “ideological” appropriation. Critical and plural history knowledge allows us to clarify where we are, what happened and where we should be headed. In this sense, history education as an ethical and social practice is evidence of a plot between knowledge, values and politics. In this manner, teaching history indirectly regulates the citizen’s behavior in the socio-political sphere. Descriptive historic science and its reproductive teaching has opened the path to new paradigms that educate about knowledge and its axiological links via innovation, as an answer to the demand for intense cultural changes in their multiple forms. The taught history field has contradictory and plural sociability spaces. As a consequence, its analysis demands going into different theoretical, disciplinary, social, pedagogical and civic itineraries by all actors in a meaning’s negotiation. History teaching theory and practice has the political goal of educating citizens about diversity and preserve collective memory, especially in our societies where forgetfulness has been one of the reasons why we seem to lose our identity.

Key Words: history, teaching, new paradigms, society and citizen culture.

* Ponencia presentada en el III Congreso Sudamericano de Historia. Universidad de Los Andes. Facultad de Humanidades y Educación. Mérida, 19-21 de Julio 2007. Se entregó a esta revista para su evaluación en septiembre de 2007 y fue aprobada para su publicación en enero de 2008.

** Grupo de Investigación Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Educación. ULA. Mérida. E-mail: carmenran@hotmail.com.

1. Introducción

Sin lugar a dudas, los paradigmas tradicionales¹ que circulan en el ámbito científico de la historiografía y la enseñanza de la historia, merecen revisiones que impliquen no sólo el debate sobre el estatuto epistemológico de sus objetos de estudio,² sino los alcances sociales y culturales de su quehacer en la vida ciudadana.

Es obvio que las manifestaciones de nuestra compleja realidad sociohistórica, están presentes en cualquier estudio o proyecto que pretenda la búsqueda de conocimiento y de respuestas a los problemas de la ciencia y de la sociedad. La pretensión de enseñar historia desde posturas ajenas a esta visión es incoherente con la formación crítica de la ciudadanía y con el fin último de la ciencia que consiste en preguntarse en cuál presente vivimos y hacia cuál futuro colectivo y planetario nos dirigimos; esto constituye el sentido de la vida social enlazado a los propósitos de un modo de educación y “de conocimiento capaz de aprehender los objetos en sus contextos, sus complejidades, sus conjuntos y relaciones” (Morín, 2000:18).

En una sociedad multiétnica y pluricultural, como la nuestra, es imperativo abordar la educación histórica *desde y en* la diversidad sociocultural, donde se gestan formas de socialización asentadas en representaciones simbólicas, significados ocultos, experiencias, creencias y prácticas que se reconstruyen en el diálogo y la confrontación; por lo que, la persistencia de los procesos de hibridación cultural en nuestras sociedades, conduce al reconocimiento de la razón histórica de las culturas. Esto legitima la construcción de identidades múltiples en la pluralidad de pensamiento y en las prácticas colectivas. Se entiende, entonces, que a la historia y su enseñanza les atañe la explicación de los sistemas sociales y su comportamiento en el tiempo; es decir, el recorrido histórico de las sociedades y sus transformaciones, donde se conjuga lo objetivo y lo subjetivo, lo general, lo particular y lo singular, lo colectivo y lo individual, lo regular y lo circunstancial, lo imaginario y lo real, lo constructivo y lo destructivo. Es inagotable este universo de posibilidades de la ciencia histórica para desarrollar el saber en un discurso educativo que propicie reflexión, análisis crítico y juicios

valorativos argumentados, en el recorrido por diferentes tiempos, conceptualizaciones, métodos y finalidades que convocan a la formación de la conciencia de historicidad. En esta perspectiva, por ejemplo, la fecha de un suceso histórico no define a éste por sí sola, sino en relación con muchas otras situaciones; así, el dato cronológico de un acontecimiento³ supera su significado simplemente numérico, para convertirse en referencia de una realidad histórica compleja.

El desarrollo cultural de los pueblos constituye, entonces, una búsqueda en el conocimiento histórico, pues “la cultura es el espacio de producción y recreación del sentido de lo social, donde el orden y los desórdenes sociales se vuelven significantes” (Barbero, 1987:85). Agregamos que, los cambios culturales son expresiones de las transformaciones económicas, sociales y políticas, legitimadas por la organización social que comporta en sí un modelo de cultura; es decir, un modo de producir, reproducir, acceder o inalcanzar los bienes materiales o inmateriales que circulan en la sociedad y su interpretación por las diferentes ciencias.

Para Chartier (1992), una exploración de la cultura es una forma de preguntar por la sociedad; es decir, existe una afinidad entre historia cultural e historia social, donde las representaciones elaboradas de manera individual y colectiva otorgan significado a la realidad. La cultura histórica es un soporte para dotar a cada pueblo o ciudad con su historia propia y con las relaciones que le incumben en una visión amplia, así como proveer de orígenes históricos a las identidades colectivas.

2. Enseñanza crítica o enseñanza narrativa y anecdótica de la historia

Una concepción histórico-educativa y una metodología de enseñanza que impidan la reflexión, la duda, la confrontación de argumentos, el análisis, la valoración de ideas y de evidencias, suele extinguirse en un discurso lineal y estéril que reivindica el conformismo y la repetición memorística de datos; todo ello, contradictorio con la capacidad de pensar históricamente.

En este contexto, el discurso narrativo adoptado como soporte de la representación histórica y de la didáctica de la historia, empobrece la comprensión y el análisis de los fenómenos de estudio, a la vez que trivializa el saber científico y lo dota de una temporalidad estática. Convendría cotejar este planteamiento, apoyado en Aróstegui (1995), con el de narración explicativa que propone, junto con otros autores, Corcuera de Mancera (1997), y el punto de vista de Ricoeur (1980), quien realiza profundos estudios sobre la “narratividad” que para él, tiene un carácter más complejo que el simple relato, pues obedece a muchos códigos a la vez que transmite distintos significados. Hoy día, el modelo educativo orientado a transmitir hechos establecidos e indiscutibles y esquemas estandarizados de interpretación que sólo predisponen hacia la memorización pasiva, ha perdido por completo su validez.

Corresponde a los poderes públicos, conjuntamente con las instituciones académicas y la comunidad científica y social, discutir pautas para orientar la educación histórica, cívica y ética que admita la discrepancia y el respeto a las diferencias dentro de un proyecto para la formación de valores sociales. El conocimiento de los procesos y cambios de las sociedades pasadas y la conciencia de historicidad son pilares fundamentales sobre los cuales gira un conjunto de respuestas a la crisis del pensamiento reflexivo y de la convivencia en el mundo actual.

El campo de la historia enseñada posee espacios de sociabilidad plurales y contradictorios; en consecuencia, su análisis demanda penetrar distintos itinerarios teóricos, disciplinares, sociales y cívicos, transitados por los sujetos colectivos en un ámbito de negociación de significados.

La historia (y su enseñanza –agregado nuestro–), “resulta fácilmente manipulable en el momento de ser reconstruida intelectualmente para su conocimiento, por parte de los ciudadanos. De hecho, no es de extrañar que quienes aspiran a dirigir la polis sean tan sensibles a poseerla y a domeñarla. Ni tampoco es sorpresa alguna que deseen que la explicación histórica finalmente elegida, esté bajo su potestad para ser transmitida (o impuesta) al resto de la ciudadanía a través de la palabra, la escuela, los libros o los diversos medios de

comunicación” (Fernández, 1997:2). Este comentario sugiere que la enseñanza de la historia cumple también un papel político, que, entre otras cosas se expresa, por ejemplo, en las normativas curriculares y en los planes de estudio a través de los cuales se pretende legitimar un proyecto de país y una concepción de sociedad.

El oficio de historiar atañe al profesional de esta disciplina, tanto en el campo de la investigación como en el de la docencia y pudiéramos pensar que, de igual manera, le incumbe desentrañar la influencia que los condicionantes de la herencia del pasado o el desconocimiento de la realidad histórica presente, pueden tener en la deformación de las prácticas políticas de las sociedades.

En las condiciones actuales del mundo, cuando los problemas de la vida y de la ciencia plantean mayores exigencias a la búsqueda de respuestas en el sistema de enseñanza, hay que pensar en cuestiones de orden cualitativo que abarquen los diversos campos del saber y de la práctica de los actores sociales, para que enfrenten e intervengan en los cambios que reclama la vida de la sociedad. En este sentido, el papel de la ciencia es fundamental para enriquecer el contenido de la enseñanza y de la educación, a la par de la formación ética ciudadana. De aquí que los logros científicos en el campo de la historia y su enseñanza, influyen abiertamente sobre el desarrollo de la actividad sociocultural de los pueblos.

La historia y la didáctica de la disciplina están comprometidas con el propósito de abrir espacios de referencia para conocer e indagar críticamente los procesos históricos y para alentar un modo de vida cívico, dentro de un complejo sistema de relaciones de poder.

La teoría y la práctica de la enseñanza histórica poseen el fin político de formar ciudadanos en la diversidad y preservar la memoria colectiva, sobre todo en nuestras sociedades donde el olvido ha sido una razón de pérdida identitaria.

3. Construcción social de la historia

El estudio de la historia y la apropiación de la experiencia histórica es, como sabemos, un componente importante de formación axiológica

para valorar el patrimonio tangible e intangible de la humanidad. Hemos de subrayar, entonces, que los fenómenos sociales y culturales en sus constantes mutaciones, sólo pueden comprenderse y apreciarse desde el punto de vista histórico. Estos procesos, con sus trayectos e imaginarios, se expanden tanto en la vida pública como privada, pero siempre estarán marcados por la impronta cultural que impele a descubrir sus códigos, sus representaciones y sus rituales, que delatan la herencia de los deslaves históricos de la memoria colectiva.

Los enfoques rígidos y tradicionales de la historia, convocan a considerarla como método para comprender los documentos políticos, las actas jurídicas, las tablas estadísticas y cronológicas, los diagramas del pasado, obviando su naturaleza de construcción social compleja, problematizada y condicionada por la intervención de un sistema político determinado. Este enfoque, conduce a situarla dentro de una concepción que abarca el pensamiento teórico-práctico, ideológico y crítico con un contenido de principios éticos y estéticos y una carga de matiz emocional.

El papel educativo del conocimiento histórico adquiere un valor primordial, por cuanto esta ciencia no sólo influye en el pensamiento sino en los sentimientos y comportamientos colectivos. De aquí que el proceso didáctico de la historia se orienta también, a desarrollar en los estudiantes el respeto a los diversos modos de cultura y el rechazo a las prácticas excluyentes y chauvinistas. Por supuesto, el papel cultural-educativo de la enseñanza de la historia no se agota en lo anteriormente expuesto. Su ámbito de acción, además de reconstruir el pasado sobre una base científica, aborda la articulación de los fenómenos de la vida social, lo cual exige el aporte de distintos saberes disciplinares.

Es evidente el alcance de la ciencia histórica como memoria social que transita entre diferentes tiempos, generaciones y colectivos, identificados por complejos procesos de intercambio, de continuidad y ruptura, de pluralidad y creación imaginaria, donde las culturas y sus sujetos otorgan sentido y significación al desarrollo social. En el plano educativo, esta perspectiva provoca un giro en la enseñanza histórica tradicional, por cuanto representa muchas posibilidades para realizar

el análisis de los intereses y necesidades epocales en confrontación con las fuerzas y conflictos que se entrecruzan entre el ser inmediato (presente) y el ser mediatizado (pasado).

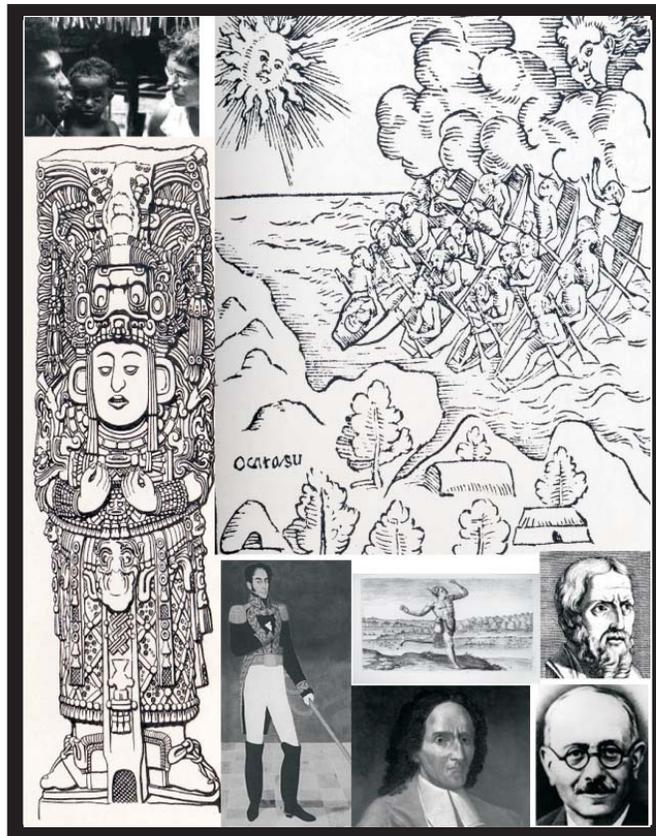
4. Enseñar historia desde el pluralismo científico e ideológico

Cada vez, crece marcadamente el interés por los aspectos sociales de la vida, por los problemas de las diferencias etnoculturales y socioeconómicas, por los riesgos ecológicos y ambientales, por los conflictos regionales, nacionales y mundiales, percibidos desde la visión política de “orden y mando”; todas estas cuestiones merecen estudio y discusión para develar su génesis e implicaciones en el bienestar social; para dar vida al aprendizaje y enseñanza de una historia plural que reconstruya la realidad a través del consenso y el disenso, pues es ésta la relación que legitima el tejido comunicativo entre colectivos humanos.

El tema del pluralismo, en el ámbito del libre pensamiento, es una constante en la discusión política que enriquece el debate de las ideas. El análisis sobre diferentes posturas teóricas del saber, conduce a un abanico de posibilidades que abre caminos a la producción científica de alcance significativo.

Parece imprescindible, abordar los viejos y nuevos escenarios de la enseñanza de la historia con diferentes miradas, que abarquen la complejidad del papel de las instituciones y de los actores sociales en el proceso histórico. Esto supone acercarse a las representaciones que sobre la historia elaboran las gentes y que exceden los límites físicos de la territorialidad para posesionarse en un tiempo sin fronteras, sin certezas, ni conceptos estáticos o deterministas. Es ésta, la historia construida incesantemente en el ámbito de las prácticas interculturales, en el recorrido de las memorias nómadas, en los espacios de la cotidianidad⁴ donde se elaboran y reconstruyen las identidades múltiples. Nos referimos a la historia que indaga en las necesidades, aspiraciones y vivencias del colectivo social en el marco de distintos ritmos temporales. Por tanto, la realidad histórica vista desde esa urdimbre, desde esa multiplicidad, nos plantea más preguntas que respuestas y propende la búsqueda de nuevas textualidades y nuevas

lecturas que descubran los intereses velados del sistema de poder. Este complejo patrimonio constituye el contenido legítimo en el pluralismo científico e ideológico de la historia enseñada.



Notas

- ¹ Paradigmas tradicionales historiográficos como: anales, cuantitativismo, positivismo o materialismo histórico; paradigmas tradicionales pedagógicos: conductismo, positivismo, empirismo, constructivismo, entre otros, con sus fundamentos filosóficos y psicológicos.
- ² El objeto del conocimiento es un conjunto de fenómenos y procesos cualitativamente determinados de la realidad que, por su naturaleza, rasgos, y normas de funcionamiento y desarrollo, difieren de otros objetos de esta realidad. Lo que constituye el objeto de conocimiento de la historia como ciencia es el conjunto de fenómenos de la vida social en sus temporalidades.
- ³ “La existencia del acontecimiento y, como consecuencia del movimiento es, sin duda, la condición necesaria y suficiente del cambio (...). Es claro que acontecimiento es siempre movimiento, pero sólo aquel tipo de él *que engendra cambio de estado* (...).” (Aróstegui. 1995: 210-211). El autor denota los movimientos que producen transformaciones estructurales.
- ⁴ Sobre cotidianidad, Agnes Heller (1997) expone: “hemos afirmado que la vida cotidiana en su conjunto es un objetivarse. Como tal se mueve en un determinado nivel; este nivel está constituido por aquel cierto ‘mundo’, es decir, por el ambiente en el cual el hombre nace y que él ha ‘aprendido’ a mover y a moverse; el mundo con sus comunidades, integraciones preformadas y, ante todo, sus sistemas de usos establecidos, con sus cosas, instituciones, sus juicios y prejuicios, con su contenido afectivo y su tensión emotiva, su educación, con su técnica, su ‘usabilidad’, etcétera.” (p. 96).

Referencias Bibliohemerográficas

- Aranguren, C. “Ciudadanía intercultural, enseñanza de la historia y exclusión social”. En: *Memorias del XII Encuentro de Latinoamericanistas Españoles. Viejas y nuevas alianzas entre América Latina y España*. Santander, 21 al 23 de septiembre de 2006.
- Aróstegui, J. *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona. Crítica (Grijalbo Mondadori, S.A). 1995.

- Casado, E y Calonge, S (comps). *Representaciones sociales y educación*. Caracas. Universidad Central de Venezuela. Comisión de Estudios de postgrado.
- Corcuera de Mancera, S. *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX-XX*. México. Fondo de Cultura Económica. 1997.
- Chartier, R. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona. Gedisa. 1992.
- Fernández, R. “Historiografía y sociedad”. (Catedrático Universidad de Lleida-España). En: Google. Pág. UBWeb. Histodidáctica. Menú: Historia. Página del Dr. J. Prats. Profesor de la Universidad de Barcelona (España), 2007.
- Heller, A. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona. Península. (Historia-Ciencia-Sociedad). N° 144.
- Mainer, J. *Discursos y práctica para una didáctica crítica*. Sevilla. Díada Editora. 2001.
- Martín Barbero, J. *De los medios a las mediaciones*. México. Gustavo Gili. 1987.
- Morín, E. *Los siete saberes necesarios a la educación del futuro*. Caracas. UNESCO. Faces-UCV. Cipost. 2000.
- Ricoeur, P. “Por una teoría de los discursos narrativos”. En: D. Tiffenau. *La narrativité*. CNRS. París. 1980, pp. 3-68.